

que verdaderamente han creado, tanto desde el punto de vista material como desde el punto de vista político y administrativo, la ciudad de Roma, --nos dice J. Toutain-- y agrega: "Al drenar hacia el Tíber las aguas de los pantanos que ocupaban las hondonadas situadas entre las diferentes colinas, al encerrar en una sola y misma muralla todas las alturas ocupadas por agrupaciones humanas, desde el Quirinal y el Viminal al Norte, hasta el Aventino al Sur, desde el Esquilino y el Celio al Este, hasta el Capitolio al Oeste, han fundado un organismo urbano sólidamente constituido en un punto admirablemente escogido, no sólo desde el punto de vista económico". (1) Esta será la ciudad que a mediados del siglo III A. C. tendrá el dominio de toda la península itálica.

Y este centro urbano extraordinario, que surge inesperada y avasalladoramente, que carece de precedentes conocidos en la historia de la antigüedad, no será otra cosa que el fruto de una síntesis maravillosa, el resultado de la más pura decantación de los logros materiales e ideológicos alcanzados hasta entonces por el lucro. Los esfuerzos continuados del hombre por asegurarse contra lo imprevisto y para redimirse de la escasez pertinaz, encontraron

---

y XII llegaron los umbrosabéllicos y los oscos desde el norte y se fijaron en las regiones montañosas. Los últimos en llegar fueron pueblos ilirios y los etruscos. Esto ocurrió durante el siglo X.

(1) J. TOUTAIN: Op. Cit. Pág. 198

en Roma su expresión más depurada. Pero, al mismo tiempo, sería en Roma en donde los elementos negativos del lucro alcanzarían poderes místicos sin precedentes.

No puede reducirse la contribución etrusca en la fundación y organización de Roma y en la naturaleza de su espíritu. Roma, más que un imperio, más que el cerebro administrativo de una nación, fué una ciudad, un simple centro urbano. (1) Y todo en su destino, no nos muestra otra cosa que un esfuerzo sostenido por hacer habitable, segura y permanente la vida en la ciudad. Y fueron los etruscos, precisamente, los que dieron a Roma los elementos primarios de su vida urbana: una industria y un arte de la construcción; un sistema de sanidad interior que permitiese la gran aglomeración; la unificación urbana de las aldeas diseminadas por las distintas colinas alledañas, un sistema defensivo que procurara seguridad al ocupante de la zona interior; y por último, una hinterland agrícola que alimentara la comunidad urbana. En otras palabras, pues, Roma fué un gigantesco centro administrativo que se dió a sí misma la misión de proteger, administrar y, claro está, consumir el fabuloso excedente económico, producido por las

---

(1) Nosotros usamos aquí el término urbano en su acepción moderna y no histórica. De acuerdo a Fustel de Coulanges, los primitivos romanos distinguían ciudad de urbe. Para ellos la ciudad era la asociación política y religiosa de las familias y de las tribus; la urbe era el lugar de reunión, el domicilio, y sobre todo, el santuario de esta asociación.

culturas y civilizaciones de la antigüedad.

El surgimiento de Roma es la ruta de la rapia. Desde el siglo VII A. C. hasta el IV de nuestra era en que su misión se desvanece ante el acceso de otros pueblos, ahora más hambrientos, su historia será el turbio itinerario de un pueblo dedicado a la captura de los frutos ajenos. Roma no tuvo una ideología; tampoco montó un aparato intelectual propio. Hasta en este aspecto no hizo otra cosa que apoderarse de los logros del pensamiento científico griego; del fervor religioso oriental; de la ciencia y adelantos tecnológicos que habían almacenado las culturas antiguas. La historia de Roma es, en cierto modo, la historia de un esfuerzo sostenido por asegurar para sí y para su mundo, el producto acumulado por el lucro en varios milenios. Su organización administrativa a base de grandes vías de comunicación, tanto marítimas como terrestres, que no sólo permitían y aseguraban el acceso a los excedentes, sino que contribuían a su defensa y conservación; los principios de justicia y derecho, sostenidos muchos de ellos por la tradición religiosa; la organización social, a base de clases económicas más que sociales, con lo cual se aseguraba la hegemonía política y económica del romano; el abuso excesivo del trabajo esclavo, etc., no son otra cosa que la manifestación visible de un propósito manifiesto de Roma: la captura y control del excedente mundial que existía almacenado por las culturas contemporáneas triun-



pronosticaba quebrantos inminentes. (1) Como consecuencia de una ley del plebeyo Claudio, se sientan las bases para que se legalice y proteja la naciente burguesía mercantil, grupo social que se enfrentó políticamente a la vieja oligarquía terrateniente y senatorial. Por iniciativa de esta burguesía se organizaron gigantescas empresas comerciales y financieras que procuraban recursos al gobierno, empresas que patrocinaban campañas militares y que compraban o subastaban el cobro de impuestos y tributos. Estas fueron las Sociedades Publicanas, las que se capitalizaban mediante la emisión de acciones. Apareció también una bien organizada actividad de los bancos, a base de las acciones de las Sociedades Publicanas. El préstamo a interés fue, igualmente, una poderosa y dinámica corriente en la actividad mercantil de Roma, en un período en que toda especulación tenía un patrocinador. Y, sobre todo, Roma tuvo un extraordinario aparato militar. Era ésta pues una ciudad, un orden urbano adecuadamente provisto y organizado para triunfar en un orden universal regido por el poder y la habilidad. Un mundo en donde sólo había garantías, beneficios y seguridad para el más hábil.

---

(1) "Las exportaciones estaban lejos de compensar las importaciones; tan abundantes como variadas. Ni Roma ni el Lacio podían suministrar a los buques que remontaban el Tíber hasta Roma o que se detenían en Ostia un flete de regreso de algún valor." J. TAOUTAIN: Op. Cit. Pág. 221

-----

Pero, ¿cuál era la otra cara de Roma, aquella en donde se fermentaban los vinos de su inevitable destrucción? ¿Aquella cara trágica de Grecia que una tarde conocimos en las palabras de Solón y que antes nos salió al encuentro en las llamadas místicas de los profetas?

Hemos dicho que la ciudad --conjunto de aldeas y costumbres neolíticas-- no era otra cosa que una gigantesca vasija, un monumental depósito de excedentes agrícolas, artesanales, intelectuales y científicos. Y Roma fué la ciudad por excelencia. Una formidable empresa urbana, sin alma, sin propósito, sin objetivo histórico. "El imperio romano, producto de un solo centro energético urbano en expansión fué, por su parte, una vasta empresa de construcción de ciudades --nos dice Lewis Mumford-- ... que en conjunto pudieron llegar a tener 17,500 habitantes... Pero Roma nunca tuvo la imaginación necesaria para aplicar los principios de limitación, moderación, distribución ordenada y equilibrio a su propia existencia urbana e imperial, --sigue diciendo Mumford-- y, por desgracia, dejó de echar las bases de la economía estable y del sistema político equitativo, en que todos los grupos hu-

bieran estado efectivamente representados y que habría hecho posible una vida mejor para la gran ciencia. Sus mejores esfuerzos por establecer una comunidad universal sólo consiguieron dejar un balance de privilegios y corrupciones." (1) He aquí nítidamente expresada la realidad de una gran empresa humana dedicada única y exclusivamente al logro de la utilidad, al cultivo del lucro. Por ello el mismo autor insiste: "En razón de su capacidad y de su enorme tamaño, Roma se derrotó a sí misma y nunca consiguió satisfacer sus propias necesidades".

Abundantes hechos demuestran la falta de previsión del romano. Durante el período de esplendor, se considera que Roma contaba con un millón de habitantes. Por ello dice Mumford que "no es posible dejar el tema del destino dado a las aguas servidas sin destacar un rasgo más que arroja serias dudas en cuanto a la inteligencia y la competencia de los funcionarios municipales de Roma, que registra una marca tan baja en materia sanitaria e higiénica a la que nunca descendieron otras comunidades más primitivas". (2) En todo momento, se mantuvo la costumbre de acarrear las materias fecales a zanjas abiertas en las proximidades, lo mismo que el depositar cadáveres humanos en agujeros en las afueras de la ciudad. De allí es que Roma hubiese sido siempre una ciudad amenazada por las enfermedades conta-

---

(1) LEWIS MUMFORD: Op. Cit. Pags. 252-258

(2) LEWIS MUMFORD: Op. Cit. Pág. 266





na orgía ininterrumpida de sadismo y muerte... (1) "La necesidad de estas diversiones de masa se hizo imperativa en proporción con la inutilidad del resto de la existencia. Incluso la vida intelectual de Roma, que nunca fué aguda como la de las ciudades griegas, exhibía una insubstancialidad y una vacuidad análogas." (2) Y Mumford prosigue abundando en la falta de esencia del romano. "La vida romana, pese a todas sus pretensiones de paz, se centraba cada vez más en los rituales imponentes del exterminio. En pos de sensaciones suficientemente agudas como para tapar momentáneamente la vacuidad y la falta de sentido de su existencia parasitaria, los romanos recurrieron al expediente de organizar representaciones con carreras de carruajes, espectaculares batallas en las que se ejecutaban en público actos de striptease y otros entretenimientos sexuales más obscenos. Pero las sensaciones debían ser aguijoneadas constantemente porque el público se habituaba; de este modo todo el esfuerzo llegó a su culminación con los combates de los gladiadores; en ellos los agentes de este régimen aplicaron una inventiva diabólica a la tortura y al exterminio humanos." (3)

Vemos aquí, que en la Roma del siglo II habían llegado a su máximo desarrollo los síntomas evidentes de las crisis recurrentes del período de la habilidad: primero, con-

---

(1) LEWIS MUMFORD: Op. Cit. Pág. 271

(2) LEWIS MUMFORD: Op. Cit. Pág. 284

(3) LEWIS MUMFORD: Op. Cit. Pág. 281

centración de poder político, recursos y excedentes en un grupo que lo integran los más hábiles; segundo, una falta creciente de vida interior; tercero, una gigantesca población de vencidos en la lucha por la existencia, sin ideología, sin objetivos, sin esperanzas de ninguna clase y amenazada de extinción. Es la misma situación que encontramos antes en el colapso de la civilización atica; en la quiebra de la civilización egipcia. Estamos pues, en los albores de otro período místico, en la madrugada de otra gran religión.

Momento de la Reflexión y de la  
Autocrítica

El colapso romano también tuvo sus profetas. Del seno de la misma clase de los patricios y también por la boca de algún empresario burgués en ruina, llegaron las primeras voces de crítica y condena contra un orden social que parecía irremediablemente condenado al aniquilamiento. Y era en la permanente campaña electoral que vivía el imperio en donde estas debilidades de la vida romana ganaban su máxima notoriedad y su más pernicioso explotación. "Los animales del campo de Italia --decía Tiberio Graco en una fegosa arenga-- tienen al menos sus guaridas, pero los hambres que por Italia vierten su sangre no tienen más que

la luz que los alumbra y el aire que respiran. Vagan sin casa, sin morada, con sus mujeres y sus hijos. Mienten los generales cuando los exhortan a combatir por sus tumbas y sus hogares. Entre tantos romanos ¿hay uno solo que tenga todavía el hogar de su casa y la tumba de sus antepasados? No combaten ni mueren sino para sostener el lujo ajeno. Se les llama dueños del mundo y no tienen nada suyo, ni siquiera un pedazo de tierra." La crítica se alza también contra la vocación militarista del romano. Como se recordará, Aristóteles, el hombre que teoriza por vez primera en torno a la necesidad y utilidad del lucro, consideraba que la guerra era un medio lícito y natural --aconsejado por la propia naturaleza-- de adquirir bienes, excedentes, riquezas, etc. Este criterio aristotélico fué profundamente admirado y cultivado por los romanos que encontraron así una justificación moral para su vieja inclinación guerrera. Pero en De Re Rustica, Columela se alza contra esta segunda naturaleza de los romanos. "Hemos abandonado el cultivo de nuestras tierras --dice-- al último de nuestros esclavos que las trata como verdadero verdugo; mientras que los hombres más eminentes entre nuestros ancestros no han desdeñado de ninguna manera hacer de ella su principal ocupación. Pero los hombres no podrán vivir ni subsistir sin la agricultura --sigue diciendo Columela--. Y lo que no es menos extra-

No es que el arte más útil a la conservación de nuestra vida sea el que se ha perfeccionado menos en nuestros días. Se rechaza con desdén el medio más inocente de aumentar nuestro patrimonio y se acude a todos aquellos que son contrarios a las leyes de la justicia. ¿Se atrevería alguien a considerar legítimas las riquezas que nos procura la guerra? Riquezas siempre teñidas de sangre, fortunas frecuentemente fundadas sobre el daño a otros. O bien, los azares de la mar y los cambios del comercio, son preferibles a los peligros de la guerra? ¿Y el hombre, ligado esencialmente a la tierra, ha de desafiar todas las leyes de la naturaleza para confiarse a las ondas, exponerse al furor de los vientos y las tormentas y recorrer como un pájaro de paso, países lejanos y desconocidos? ¿Qué profesión, en fin, es más honorable que la del cultivador? ¿Será el oficio del usurero, odioso hasta para aquellos mismos a quienes parece socorrer por un momento? O bien, será esta otra profesión, llamada por nuestros antepasados canina porque consiste en ladrar contra las gentes más ricas y sacrificar el inocente al culpable? Infame bandolerismo, menospreciado justamente por nuestros mayores, pero tolerado hoy en día dentro del recinto de nuestros muros, e instalado en pleno fero." Séneca el viejo --dice Max Beer-- (1) nos relata la queja de un humilde cultivador cuyos árboles había talado y cuya cabaña había

---

(1) Citado por J. Silva Herzog: Op. cit. pág. 122

incendiado un vecino rico. "Vosotros los ricos poseéis todas las tierras y llenáis las ciudades y sus alrededores con vuestros palacios suntuosos. Para que puedan disfrutar en invierno el calor del verano e en verano la frescura del invierno vuestras villas, que se extienden en todos los sentidos, y no sufran los cambios de estaciones, vemos ahora cultivadores aislados en regiones habitadas otrora por un pueblo entero, y el poderío de vuestros administradores es más considerable que el de los reyes." Otro aldeano, dice Séneca el Viejo, se quejaba así: "Antaño, no era yo vecino de un hombre rico. Alrededor de mí habitaban numerosos agricultores que cultivaban sus modestos bienes en armonía con la vecindad. Cuánto ha cambiado la situación! El país que antes nutría a todos estos ciudadanos ya no comporta más que una sola plantación perteneciente a un solo propietario. Se extiende ésta en todas direcciones. Arrasadas han sido las granjas que ha englobado, y destruídos los hogares de nuestros padres. Ahora reina en todo el lugar una soledad desértica. Por todos lados me rodea la riqueza como un muro; acá el jardín de los ricos; allá sus campos; acá sus viñedos, allá sus bosques y sus pastos... Y no se interrumpe tal extensión hasta que se estrella contra los dominios de otro gran propietario". Y apuntando certeramente hacia una de las instituciones más sólidas del mundo antiguo --la esclavitud-- Séneca el filósofo --el cordobés que en su propia vida pa-

rece retratar todas las contradicciones de su mundo en agonia-- dice en una carta a su amigo Lucilio: "He sabido con agrado, por los que llegan a tu casa, que vives familiarmente con tus esclavos. Esta conducta es apropiada a tu sabiduría y a tu inteligencia. ¿Son esclavos? También son hombres. ¿Son esclavos? También viven bajo el mismo techo de nosotros. ¿Son esclavos? También son compañeros de esclavitud, si reflexionas que estanes tan expuestos como ellos a los caprichos de la suerte. Por eso me río de los que creen indigno comer con los esclavos. ¿Por qué ha de serlo? Sin duda porque una de las más vanidosas costumbres ordena que mientras come el amo debe rodearle una multitud de esclavos puestos en pie. Vedle comiendo más de lo que puede; cargando con prodigiosa avidéz su estómago, ya distendido con más de lo que es capaz de contenerse; y necesitando mayor esfuerzo para echarlo todo afuera, que el que fué preciso para ingerirlo. Mientras tanto, los pobres esclavos, no pueden despegar los labios ni para hablar; el menor murmullo se castiga con palmos, y hasta lo fortuito, el hipo, el estornudo y la tos les cuesta una paliza".

"El interés por las cuestiones económicas no se manifestó sino en el ocaso del esplendor imperial; -nos dice Eric Roll-- (2) pero aún entonces la que campea es poco más que una versión de segunda mano de la doctrina griega. El deseo de retornar a las condiciones más primitivas del

---

(1) ERIC ROLL: Op. Cit. Pág. 33

pasado (vistas también románticamente), una gran estimación por la agricultura, la rigurosa condenación de las formas más recientes de ganar dinero, el ataque a los latifundistas, grandes posesiones que se formaron después de las guerras púnicas: tales son los elementos recurrentes del pensamiento social romano... La única novedad importante --sigue expresando Roll-- es el cambio perceptible en la opinión sobre la esclavitud. Ya no hay la justificación de la esclavitud constantemente repetida en las obras de los filósofos griegos, y hasta llega a dudarse que la esclavitud sea una institución natural."

Aquí, como en la Atenas del siglo IV, entran en crisis todos los principios, se abren a discusión y duda las normas de convivencia y se mengua maliciosamente el imperio de las tradiciones sobre el que se asentaba.



Hemos visto y expuesto algunas prácticas económicas que herían de muerte el mundo romano. Pero hemos visto, también, cómo al cruzar el andamiaje económico, el gigantesco imperio se astilló en temores, dudas y graves conflictos interiores, lo que no demuestra otra cosa que la fragilidad de la moral romana. Nada había en el fondo del militar, del

aventurero ni del audaz empresario capitalista. La vida romana era simple y superficial, lo mismo que lo fueron la mayoría de sus realizaciones.

De pronto, la estructura del mundo romano saltó en pedazos. Los bárbaros cayeron desde todas partes. Francos, alemanes, godos, escitas, partos, etc., pasaron, saquearon y devastaron provincias enteras del Imperio. Egipto fué asolado por los Ellumyes etíopes; los francos atravesaron toda la Galia hasta anclar en España en el año 225 y 227; los escitas se lanzaron a través del Ponto Euxino a la captura del Asia Menor, bajando hasta Creta y Chipre; los godos hicieron lo mismo en el Mediterráneo Oriental y en el año "280 una horda de francos atravesó todo el imperio en una flotilla de piratas, desde el Ponto Euxino hasta las Columnas de Hércules y llegó hasta la desembocadura del Rin, costeando la Iberia y la Galia". (1) El vasto imperio romano todo, desde la más remota provincia hasta la propia área metropolitana estuvo expuesto al ataque de los bárbaros. A este cuadro sombrío de decadencia y desintegración, se sumó el castigo mayor de las luchas intestinas que se convirtieron en verdaderas cacerías humanas por razón de las banderías caudillistas.

Motines, insurrecciones y sublevaciones estallan por todas partes. Por último, Postumo proclamó su imperio galoromano y Zenobia su imperio de oriente. Este mundo mate-

---

(1) J. TOUITAIN: Op. Cit. Pág. 298